

El diablo en su morada. Del infierno bizantino al infierno monástico

Miguel Cortés Arrese
Universidad de Castilla-La Mancha

Visionarios, predicadores y poetas bajaron a los infiernos y regresaron con testimonios escalofriantes de ese escenario de pesadilla, relatos que no hacían sino reflejar la ansiedad, miedos y concepciones del mal propias de los tiempos medievales, tanto en Occidente como en el Bizancio de la Ortodoxia. Y como la salvación no estaba garantizada de antemano, nadie era ajeno a la amenaza del castigo eterno.

La creencia en un infierno futuro para los malvados de esta vida, se generalizó en el siglo III de la mano de los textos apócrifos y apocalípticos. Fueron los teólogos quienes delinearon su perfil, mientras que los monjes y la religiosidad popular subrayaron algunas de sus peculiaridades más llamativas, las más expresionistas. Tarea a la que sumaron los artistas. Hasta llegar, en ocasiones, a trivializarlo.

Este ideario se asentó con firmeza entre los bizantinos, quienes empezaron a representar el infierno como un etíope negro musculoso, de grandes dimensiones, poniendo el acento en su cabeza de aspecto feroz, por cuya boca los condenados eran enviados al abismo, tan oscuro como el vientre de la ballena donde Jonás pasó tres días. Más tarde, la *Anastasis* ofrecerá a los fieles la oportunidad de hacerse una idea sobre la morada de Satán, cuando Cristo desciende hasta ese lugar para salvar a los justos del Antiguo Testamento, después de haber echado abajo las puertas y doblado al diablo y sus demonios. El infierno vuelve a ser descrito por los artistas al pintar el Juicio Final, el tema que despedía a los fieles cuando abandonaban la iglesia por la puerta occidental o acompañaba a los difuntos enterrados en una *parecclesion*.

La gran boca infernal, de enormes fauces abiertas, está presente también en el románico del Occidente europeo, aunque es mucho más frecuente la escenificación del Juicio Final, que suele adornar el pórtico principal de iglesias y catedrales, con descripción detallada de tormentos y suplicios, tan atractivos como temidos. Pintores y escultores utilizan ideas procedentes de la literatura de la época y no son ajenos a las novedades del imaginario colectivo, dando lugar al llamado infierno popular. Como sucede, en menor medida, en Bizancio.